

EJEMPLO DE SUPERACIÓN

Aquel día llovía.

Lucrecia tenía 22 años y discutía con la radio del coche porque no encontraba una canción que le gustara. Era una escena común, trivial, una de esas que parecen destinadas a perderse en la memoria sin dejar huella. No sabía que estaba a punto de dividir su vida en dos mitades irreconciliables: el antes y el después.

El impacto fue seco. Metal contra metal. Cristal estallando. Un silencio posterior tan denso que parecía imposible respirar dentro de él.

Cuando despertó en el hospital, la primera sensación no fue el dolor. Fue la ausencia. Intentó mover el brazo izquierdo y no respondió. Intentó incorporarse y todo le dio vueltas. Intentó escuchar las voces que se movían a su alrededor, pero llegaban distorsionadas, lejanas, como si estuvieran debajo del agua.

Los días siguientes fueron una sucesión de luces blancas, preguntas médicas y explicaciones técnicas que no lograba comprender del todo. Había perdido el brazo. La lesión cerebral había afectado seriamente su audición. El pronóstico era incierto.

Nadie le explicó cómo se sobrevive a la mirada ajena.

Al principio, sus amigos iban a verla. Le llevaban flores, le hablaban alto, exageraban las sonrisas. Pero cuando regresó a casa, algo cambió. Ya no era la misma chica. Y tampoco el mundo era el mismo con ella.

Salir a la calle se convirtió en un acto heroico. Sentía las miradas clavarse en su cuerpo, detenerse en la manga vacía, deslizarse luego hacia su oído, donde llevaba un pequeño dispositivo provisional que apenas ayudaba. Una vez escuchó una risa. No supo exactamente qué dijeron, pero entendió el tono. Fue suficiente.

Dejó de salir.

Su habitación se convirtió en refugio y prisión. Las persianas bajadas, el móvil en silencio, el espejo cubierto con una bufanda. La autoestima se le deshacía entre los dedos como arena. Se convenció de que su vida útil había terminado a los 22 años.

Fue su madre quien insistió en que conociera al doctor Alejandro.

—No quiero más médicos —dijo Lucrecia con voz apagada.

Pero finalmente aceptó, más por cansancio que por esperanza.

El doctor Alejandro no era como los demás. No empezó hablando de cirugías ni de diagnósticos. Le preguntó qué soñaba antes del accidente. Le preguntó qué era lo que más extrañaba. Le preguntó qué era lo que más miedo le daba ahora.

Durante las primeras sesiones, Lucrecia respondía con monosílabos. Estaba a la defensiva. Sentía que cada prueba era un recordatorio de sus límites. El médico le realizó evaluaciones físicas, neurológicas y psicológicas. Analizó su equilibrio, su capacidad cognitiva, su grado de pérdida auditiva, pero también su estado emocional.

—No estoy de acuerdo con todo esto —protestó ella un día—. No soy un experimento.

Él la miró con serenidad.

—No eres un experimento. Eres una persona con posibilidades.

Esa palabra quedó resonando.

Posibilidades.

Tras semanas de seguimiento, Alejandro contactó con un amigo suyo, especialista en otorrinolaringología. Estudiaron el caso con detalle. Había una opción quirúrgica que podría mejorar parcialmente su audición. No prometían milagros. Solo una mejora significativa.

Cuando se lo propusieron, Lucrecia sintió pánico. ¿Y si no funcionaba? ¿Y si volvía a decepcionarse?

Pero algo había cambiado en ella. Tal vez era la forma en que el médico le hablaba, como si su futuro no estuviera escrito. Tal vez era el cansancio de vivir encerrada. Tal vez era el deseo secreto de volver a escuchar la lluvia sin que sonara como un murmullo distante.

Aceptó.

La operación fue larga. La recuperación, lenta. Los primeros días no notó diferencia. Luego, una mañana, oyó con claridad el sonido de una puerta al cerrarse. Nítido. Definido. No perfecto, pero real.

Lloró.

No recuperó el cien por cien de la audición, pero sí lo suficiente para mantener una conversación sin leer constantemente los labios, para escuchar el tráfico antes de cruzar, para oír su propio nombre cuando alguien la llamaba.

Con la mejora auditiva llegó algo más profundo: autonomía.

Comenzó a salir a caminar pequeñas distancias. Primero con su madre. Luego sola. Seguía notando miradas, pero ya no la atravesaban de la misma manera. Había descubierto que el mundo no era solo hostilidad; también había indiferencia, y en la indiferencia encontró libertad.

El siguiente paso fue aún más desafiante.

El doctor Alejandro reunió a un equipo de traumatólogos especializados en prótesis móviles. Le explicaron la posibilidad de diseñar una prótesis personalizada, funcional, adaptada a su cuerpo y a sus necesidades. Podría sujetar objetos, estabilizar movimientos, recuperar parte de la independencia perdida.

Lucrecia observó las imágenes, los modelos, las explicaciones técnicas. Recordó el vacío bajo la manga. Recordó la sensación de incompletitud.

—¿Volveré a ser la de antes? —preguntó en voz baja.

—No —respondió el médico con honestidad—. Serás otra versión de ti. Y puede que te sorprenda.

El proceso fue exigente. Medidas, moldes, ajustes, pruebas. La primera vez que colocaron la prótesis sintió extrañeza. Era como si su cuerpo tuviera que reaprenderse. Cada movimiento requería concentración. Cada gesto, paciencia.

Hubo frustración. Hubo días de querer rendirse. Pero también hubo pequeñas victorias: sostener una taza sin ayuda, abotonarse una chaqueta, recoger su propio cabello frente al espejo.

Un día retiró la bufanda que cubría el espejo.

Se miró.

La cicatriz seguía allí. La prótesis era visible. El audífono también. Pero por primera vez no vio solo pérdidas. Vio resistencia. Vio ciencia, esfuerzo y voluntad unidos. Vio a una mujer que había atravesado la oscuridad y seguía de pie.

Meses después, volvió a la universidad para terminar sus estudios. El primer día sintió nervios, pero no retrocedió. Algunas personas miraron. Otras sonrieron. Nadie se rió.

Y si alguien lo hizo, ya no tuvo el poder de encerrarla.

Lucrecia entendió que la autoestima no nace de tener un cuerpo intacto, sino de reconciliarse con la propia historia. No recuperó todo lo que perdió en el accidente. Pero recuperó algo más importante: la capacidad de proyectarse hacia el futuro.

A los 22 años creyó que su vida había terminado.

En realidad, apenas estaba aprendiendo a empezar de nuevo.